

Tres humanistas colombianos ganan la paz

ALVARO ROJAS DE LA ESPRIELLA *

Un aporte universal de la cultura colombiana

El presente trabajo recoge varias celebraciones y se hace partícipe de ellas. Expresa su satisfacción por el reconocimiento mundial del nombre y la obra de Luis Vidales al ser ganador, al lado de personalidades de valía internacional, del "Premio Lenin por la Paz". Mas no sería justo el homenaje si olvidáramos a dos colombianos, también ganadores del Premio, cuya obra enriqueció la cultura colombiana con todo el vigor que la democracia aunada con el humanismo requieren: Baldomero Sanín Cano y Jorge Zalamea, quienes por su inagotable defensa de la Paz fueron galardonados en 1957 y 1968 respectivamente.

A la vez se desea rodear y animar la declaración de la Asamblea General de las Naciones Unidas para que 1986 sea el Año Internacional de la Paz.

De igual manera, nuestra conferencia constituye un homenaje a "Hojas Universitarias" en cuyo presente número —como en toda su trayectoria— ondea la blanca bandera de la Paz ahora puesta en el centro de las Naciones Unidas.

Y homenaje también al infatigable Consejo Mundial de la Paz y al querido Consejo Colombiano de la Paz.

* Escritor, profesor universitario, decano del Departamento de Humanidades de la Universidad Central.

Las más calificadas, mejores y más concientes fuerzas del pueblo colombiano se llenan de entusiasmo y optimismo al recibir como suyo, por tercera vez, el Premio Lenin de la Paz.

A su vez, para el Consejo Colombiano de la Paz constituye honrosa calificación que tres de sus miembros y constructores ostenten ante su pueblo, tanto como ante las fuerzas de la Paz del mundo, la muestra de la permanente y sostenida lucha por mantener el único proyecto que permite pensar en el futuro: el proyecto de la Paz en el orbe.

Ya desde los orígenes del Consejo Mundial de la Paz, Colombia ha tenido presencia activa y participación eficaz en todos los grandes, medianos y corrientes asuntos de este organismo.

La nueva concesión del Premio a Colombia es una invitación a continuar el desatado fervor con el cual nuestro Consejo —en medio de una gran modestia, pero sin descuidar sus obligaciones un sólo día—, ha hecho oír su voz en todas aquellas manifestaciones que se hacen en favor de la Paz.

El otorgamiento de el premio correspondiente al bienio 83/84 a Luis Vidales, actual Presidente Honorario del Consejo Colombiano de la Paz, es también prenda de reconocimiento a la gestión que lo mejor de la conciencia nacional tiene acerca del problema capital de nuestro tiempo. Y a su vez enaltece y reconoce nuestro trabajo, que ha venido a constituirse en uno de los mejores honores de nuestra vida.

El origen del "Premio Internacional Lenin, por el fortalecimiento de la Paz entre los Pueblos" se remonta a 1949, cuando fue creado por el Presidium del Soviet Supremo de la URSS. Se concede a través de un Comité especial, conformado por relevantes personalidades de la vida pública soviética y mundial. Entre las notorias figuras latinoamericanas creadoras del premio se contaron Pablo Neruda y Juan Marinello.

Hasta hoy suman veintitrés los latinoamericanos ganadores, de entre los cuales cabe destacar a Fidel Castro, Salvador Allende, Oscar Niemeyer, Miguel Otero Silva, David Alfaro Siqueiros, Liber Seregni. . .

En Colombia han sido ganadores Baldomero Sanín Cano, en 1955; Jorge Zalamea, en 1968 y Luis Vidales en 1984. Además de Luis Vidales lo ganaron el año anterior Indira Gandhi, (condecorada post Mortem); Nguyen Huu Tho, Vicepresidente del Consejo de Estado y Presidente de la Asamblea Nacional de Vietnam quien ya había sido ganador de la Medalla de Oro de la Paz "Frederic Joliot Curie"; Josef Weber, figura política de la RFA, coronel retirado, gestor del llamamiento "La muerte atómica amenaza a todos. Nada de cohetes nucleares en Europa", conocido con el nombre de "Llamamiento de Krefeld"; Jean-Marie Legay, hombre de ciencia francés, profesor, en sus publicaciones científicas —más de 200—, plantea la responsabilidad social del científico en el siglo nuclear. Es Presidente de la Federación Mundial de Trabajadores Científicos; Eva Palmer, luchadora sueca por la Paz y autora de muchos trabajos científicos en favor de la Paz.

El beneplácito aumenta al decir que los ganadores nuestros de este Premio han sido tres trabajadores de la cultura; tres intelectuales; tres hombres que han alcanzado en el concierto internacional el rango de Maestros.

Trabajadores por un nuevo humanismo. Defensores de los elementos democráticos de la cultura nacional en su relación con los elementos avanzados de la cultura mundial.

En su trabajo, la Paz ha sido comprendida como la máxima condición histórica para lograr el pleno desarrollo: económico, social y cultural del género humano.

Han sabido ellos que si los pueblos construyen e imponen la Paz, la humanidad tiene ante sí escrito el prólogo de una nueva civilización. Por ello han proclamado en sus obras que la Paz es una condición para que se den todas las posibilidades de engrandecimiento del hombre y de su poder creador: nuevos descubrimientos tecnológicos con su aplicación; aumento del poder sobre la naturaleza; creaciones culturales que aumenten la alegría y afiancen aún más la presencia del hombre en la tierra; diversificación de las formas artísticas en relación con su fuerza expresiva; profundización y ampliación del conocimiento; ciencias al servicio de la necesidad; reflejos ideológicos y políticos nuevos.

También entre ellos hay, por encima de las diferencias comprensibles, una visión latinoamericanista, aunada con lo universal, en un deseo de asimilar lo exótico, no para irse tras de él, sino para ro-

bustecer lo propio. Nuestra identidad y el humanismo real son perseguidos al fundamentar una cultura democrática. Esta expresión superior de la cultura precisa en estas obras un deber: conferirle al hombre nuestro el pleno poder de autoconciencia, de reflexión. En la igualdad de posibilidades para todos. Nunca se piensa, porque no está escrito en ninguno de sus trabajos, que hubieran creído que hay culturas o pueblos inferiores.

Baldomero Sanín Cano, Jorge Zalamea y Luis Vidales, vienen a ser representantes de una expresión cultural no acomodaticia, irreverente, crítica; expresión, en fin, de la cultura democrática.

“Seamos dignos en el ejercicio de nuestros derechos, sin arrogancia y sin muestras de debilidad. Sepamos resistir cuando sea necesario, cuando el honor nacional esté en juego, cualesquiera que sean las consecuencias”, dice Baldomero Sanín Cano en su conferencia en defensa de Sandino, pronunciada en 1928, donde junta el decoro, la fortaleza y la valoración firme de la acción política en la figura del líder nicaragüense.

Con particular énfasis la segunda mitad del siglo XX ha traído para todas las manifestaciones de la vida social una creciente internacionalización. La vida nacional aislada se ha restringido al máximo y no se cuentan ya países al margen de la división internacional del trabajo, de la vida económica, del intercambio científico-técnico, de los frutos de la creación cultural, de la actividad turística, etc. Todo lo anterior ha traído como consecuencia que los problemas de la política exterior hayan adquirido el significado vital que hoy tiene para los estados y los pueblos.

Cómo olvidar entonces el más universal problema de hoy, cual es el de la paz y la guerra. El volumen y calidad del material de guerra acumulado hoy en la tierra, las armas de alcance ilimitado, obligan a los hombres y mujeres de buena fe a ser partícipes de la causa de la paz. Toda la vida internacional está impregnada hoy por esta enorme disyuntiva y con ella la política exterior de los Estados.

Recordemos el pensamiento de Lenin: “. . . Desde el comienzo de la Revolución de octubre, el problema de la política exterior y las relaciones internacionales ha sido para nosotros el principal”.

Después de la revolución el pueblo soviético entró en una etapa de incalculables dificultades. Fue el pueblo que por primera vez escogió y consolidó el socialismo en la historia dentro de un país, elección que lo llevó a verse sitiado por enemigos que quisieron asfixiar su nuevo modo de vida.

De tal manera, tuvo que rechazar la intervención de catorce Estados, lo cual obligó al nuevo País de los Soviets a ocuparse con tanta atención por la política exterior. Su primera misión fue sentar las bases para acabar la guerra civil, acabar con la intervención estableciendo relaciones normales con el resto del mundo. Y así, sobre estos principios, hasta la actualidad. La política exterior soviética es hija de su revolución socialista y ha estado desde siempre orientada hacia la conquista y consolidación de la paz.

Pero también la paz sienta reales, no ya en los marcos de la política estatal sino en la conciencia de muchas organizaciones, hombres, movimientos y partidos, como lo es esa agrupación de hombres libres, creadores de ciencia, de arte, de literatura, de política, de pensamiento: el Consejo Mundial de la Paz.

Los orígenes del Consejo Mundial de la Paz se remontan a 1948. En Wroclaw, Polonia, cuando sobre el mundo había amenazas de una nueva guerra, se reunieron en un Congreso Mundial de Intelectuales hombres y mujeres en valeroso y significativo certamen para hacer un llamado a la acción mundial en favor de la paz. Tal llamamiento sirvió para que en 1949, delegados de 72 países, se reunieran simultáneamente en París y Praga. Presidió el histórico Congreso Mundial de Defensores de la Paz, Frédéric Joliot-Curie, premio Nobel de física, quien pasó a ser después el primer presidente del Consejo Mundial de la Paz. La paloma de Picasso se convirtió allí en símbolo de nuestro movimiento.

Ajenos a la sumisión intelectual, su carácter y su obra han iniciado una ruptura con la ideología imperante y, se han levantado como personalidades con anhelo universal por sobre todos los convencionalismos parroquiales de la conservadora Colombia.

La dignidad intelectual no se ha hermanado con el rezago histórico. El papel en Colombia de Baldomero Sanín Cano, Jorge Zamea y Luis Vidales, ha sido el de hacer más críticas las formas de pensamiento específicas de cada uno. Sanín tiene sus orígenes en

la insurgencia modernista; Zalamea y Vidales, en "Los Nuevos", generación que irrumpe en la vida pública hacia 1925, todos conscientes de la decadencia espiritual y política de origen conservador. "Los Nuevos" recogen los ecos de la Revolución Rusa en el momento en que declina la hegemonía y se avecina la crisis del capitalismo. Es el momento de "Suenan Timbres" que llaman a la puerta para abrirla al mundo. Se dirá: influencia de las ideologías extranjeras —o extrañas, dirán los más asustadizos—. Pero no. Ya la dijimos. Es el comienzo de la internacionalización de nuestra vida. Toda auténtica revolución se universaliza en atención a su ejemplaridad, a su fuerza singular, en razón de la dialéctica de lo singular y lo universal.

Tanto Sanín como Zalamea y Vidales han edificado su tarea pensando siempre en la transformación de Colombia, poseídos por los principios de un humanismo real.

Su trabajo teórico, estético o político ha estado orientado a hacer conciencia sobre lo negativo del mundo y de Colombia para cambiarlo en la dimensión que merecemos, de acuerdo con Marx, para quien el hombre es el mundo del hombre.

La obra de estos tres maestros colombianos tiene un gran aliento histórico: relaciona el devenir social con el progreso del género humano.

Aunque más inclinado hacia lo filosófico para sus análisis de nuestra realidad Baldomero Sanín Cano que Jorge Zalamea y Luis Vidales, existe en los últimos una pulsión literaria que refleja las contradicciones sociales habidas en Colombia. Jorge Zalamea con un resonante barroquismo hace enormes denuncias y Luis Vidales se enfrenta a la sensibilidad consagrada por los cánones del conformismo.

Grandes ensayistas y teóricos se han referido con reconocimiento a la obra de Baldomero Sanín Cano. Pedro Henríquez Ureña, en sus trabajos sobre literatura hispanoamericana, dice textualmente de Sanín: "en Bogotá, figuró entre los primeros críticos que pusieron su saber y su erudición al servicio de la causa modernista; más tarde pasó de la crítica literaria a la crítica de la vida pública, tanto local como internacional; su análisis de la sociedad moderna es radical e implacable". ¡Qué exacto y acertado el juicio de Henríquez Ureña! Análisis radical e implacable.

“He pensado proponer el nombre de Baldomero Sanín Cano para el Premio Internacional de la Paz”. Quien dijo estas palabras en tono de consulta a Luis Vidales era miembro del Consejo que disierne este galardón, se llama Pablo Neruda. El lugar, Moscú. El año, 1954. El mes, diciembre. Se hallaban en el Segundo Congreso de los Escritores Soviéticos. “¿Qué te parece?”. Excelente, le respondió Vidales. Es nuestro Presidente Honorario del Consejo Colombiano de la Paz. Aunque no se le puede ubicar en nuestra escuela marxista, en su obra es permanente su confianza en el destino del hombre”.

Días después le dijo a Vidales: Está aceptado el nombre de Sanín Cano. Ahora, debes hacer dos artículos: uno para “Izvestia”, otro para la radio destinada a la América Latina”. Y así se hizo.

Dos años después, en 1956, se presentó Neruda a la casa de Vidales en Santiago de Chile. “Hay preocupación por la entrega del Premio, por la salud precaria del maestro. Fui designado para ello y no me dieron la visa. Tampoco a Isabel Blume. Te proponen a tí, ya que por ser colombiano no podrán impedirte la entrada al país”. Y éste le entregó el premio al maestro Sanín. El diploma, la medalla y un cheque por 35 mil dólares.

Al presentarle el artículo de “Izvestia”, leyó la firma. “Ah!, es suyo”, le dijo, y lo leyó de corrido. “Maestro, le dijo, ¿usted sabe ruso?”. “No, apenas lo leo” le respondió al asombrado poeta.

El homenaje —que pidió fuese en su casa dada su precaria salud— fue muy solemne: damas de la alta sociedad payanesa, personajes del mundo literario, representantes de sindicatos y de estudiantes de izquierda de la Universidad del Cauca. Y allí volvió a lucir su vena socarrona, de raíz antioqueña, tamizada por el humor inglés, donde por 20 años ejerció el periodismo literario. Dijo entre otras cosas: “Unos senadores norteamericanos afirmaron que los Estados Unidos poseían arsenal de guerra capaz de destruir al género humano. Cómo se conoce que estos insignes parlamentarios ignoraban que su país forma parte del género humano”.

En la parte seria de su discurso, exclamó: “Recibo con profunda satisfacción este premio. Pensé que me moriría sin sentir la honda emoción que me embarga en estos momentos”. Habló de la Paz y renovó su confianza en el futuro del hombre.

Los discursos, tanto el del poeta Vidales como el de su respuesta fueron publicados en la prensa del mundo libre.

Fue una velada feliz, en la Popayán de los héroes, dedicada a uno de los grandes colombianos de vida limpia y pensamiento optimista, pocos meses antes de su muerte, ocurrida en mayo de 1957.

En enero de 1955 se encontraron Jorge Zalamea y Vidales en Viena, Jorge era Secretario del Consejo Mundial de la Paz, cuando este organismo tenía su sede en dicha ciudad. Por entonces se reunió allí una Conferencia Mundial y Vidales actuó como Delegado por Colombia. Por las noches se encendían las tertulias en las habitaciones de Zalamea, con estudiantes de Colombia, Venezuela y otros países de la orbitación hemisférica.

Estos solían decir: "Que privilegio poder asistir a estos debates sobre los grandes problemas del mundo presente".

En estas conversaciones Vidales tuvo oportunidad de ver, sorprendido, los cambios operados en psicología de Zalamea. Compañeros de la generación de "Los Nuevos", más que amigos, hermanos, Zalamea se distinguía por su "cáscara amarga". A las primeras de cambio se peleaba con toda la gente, haciendo siempre excepción de Vidales, aunque en principio se sonreía de las rupturas que éste había introducido en la poesía sensiblera de entonces. Ahora Vidales se encontró con un ser cordial totalmente, cuya simpatía humana había sido ganada por el crisol socialista. Esta transfiguración sorprendente ya la había captado el autor de "*Suenan Timbres*" el primer día que éste compartió con los miembros del Consejo Mundial conversaciones y mesa. Ese comensal que se sentaba en el último lugar y que desde allí, ante el estupor de Lafitte, Nazim Hikmet, Isabel Blume y los otros igualmente grandes, pasaba por frente de éstos, la sopera en sus manos, y se acercaba al puesto de Vidales, con cierta solemnidad, a escanciar el contenido en su plato, no era el mismo de antes así hubiese sido habitual la cordialidad mutua entre ellos.

Pero hay más. Pasando del plano personal al más amplio, la transformación de Zalamea se hizo evidente a los ojos del poeta Vidales. Un día extendió en el suelo de su habitación un mapa gigante de la Unión Soviética se arrodilló frente a él, y se embebió en la explicación de las obras emprendidas en el país de Lenin y Marx. Y su admiración llegó al cenit cuando se refirió, con pelos y seña-

les, a la gesta de la brigada de cientos y cientos de jóvenes soviéticos, de ambos sexos, que en expedición voluntaria había creado obras gigantescas en la lejana Siberia, casi hasta formar una nueva nación al norte de Mongolia. Le brillaban los ojos y a todas luces las palabras le salían de lo más hondo del ser. Ya no era éste el agresivo, el híspido Zalamea de otros días. Se había convertido en el admirador ferviente del esfuerzo del hombre.

Vidales le espetó: "Querido Jorge, me parece que debes firmar ficha de nuestro partido", pues le pareció lo más puesto en razón. Zalamea meditó por unos instantes, y al final exclamó: "No, Luis, yo soy un liberal, y moriré liberal".

Y su declaración se completó en uno de los días siguientes, con motivo de un artículo marxista publicado en "Gringoire" sobre cuestiones de arte.

- "Lo leíste?", inquirió Luis Vidales a Jorge.
- "Lo leí", fue la seca respuesta.
- "¿Y no te pareció maravilloso?".
- "No, no me agradó".
- "Pero es un análisis ortodoxamente marxista", le arguyó. Y él remató.
- "Y qué".

Y he aquí que este liberal colombiano amó entrañablemente a la Unión Soviética, a su gente, y a la gesta que realiza ese pueblo por la Paz y por conducir al ser humano al más alto plano de desarrollo y civilización de la especie. Y este es junto con Sanín Cano, el otro insigne colombiano galardonado con el Premio Internacional Lenin de la Paz.

En enero de 1955 Vidales cumplió una misión del Comité Mundial de la Paz para reanimar el trabajo de los Consejos Nacionales de la Paz en Colombia, Ecuador, y Perú. El es Presidente Honorario del Consejo de la Paz en Colombia. En sus intervenciones en universidades, colegios de segunda enseñanza, instituciones culturales, barrios obreros y sectores campesinos levanta el tema de la paz, sobre los peligros de una tercera conflagración.

Son numerosos sus poemas sobre el tema, lo mismo que sus folletos y sus conversaciones con los obreros y campesinos que se le

acercan en busca de instrucción sobre este particular. Del premio que se le ha otorgado, dijo: "Lo recibo en mi entraña, pues debido a mi labor por la Paz, a consecuencia de su honda labor humana, he podido elevar mi capacidad para comunicarme con los demás, lo que ha sido la preocupación de toda mi vida como poeta y como militante".

Sanín Cano nace en Rionegro en 1861. Se gradúa de Maestro en la Escuela Normal y pasa a ser Director de la Escuela Normal de Titiribí y de la Elemental de Niños de Medellín. Es profesor de pedagogía teórica y práctica. En 1885 se radica en Bogotá. En los inicios de su vida pública Sanín Cano tuvo varios cargos que le hicieron conocer los meandros de la actividad oficial. Superintendente del Tranvía de Bogotá, Secretario del Ministerio del Tesoro, Secretario y encargado del Ministerio de Hacienda y Representante al Congreso. Cónsul de Colombia en Londres. Ministro plenipotenciario de Colombia en Argentina. Miembro de la Comisión de Cooperación intelectual de Santiago de Chile, Representante de nuestro país a la VIII Conferencia Panamericana de Lima. Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, correspondiente de la Academia Española, de la Academia del Brasil y de la Hispanic Society of América y doctor Honoris Causa de la Universidad de Antioquia. Desde 1909 hasta 1922 reside en Londres donde colaboró con trabajos literarios y filológicos en la "Modern English Review".

Profesor de lengua y literatura españolas en la Universidad de Edinburgo. En 1925 va a Buenos Aires y escribe sobre política exterior en el diario "La Nación", hasta 1936. Vuelve a Colombia en este año. Colabora en el periódico "El Tiempo" y es Rector de las Universidades de América y del Cauca. Muere el 12 de mayo de 1957 a los 96 años de fecunda vida. Pública diez libros entre 1925 y 1957 más dos sin carácter orgánico. Periodista, unas veces como colaborador y otras como director de las revistas: "Contemporánea", "Trofeos", "Hispania", "Universidad", de "América" y "Revista de las Indias".

Es un hombre fervorosamente partidario de la comunicación y del conocimiento de los grandes temas que rodean su existencia, a la vez dueño de la gran cualidad de la tolerancia, no exenta de sentido polémico. Sin aspiraciones a profesional ni experto en ninguna rama del conocimiento. Informado sin prejuicios, enriquece el pensamiento colombiano como periodista, como ensayista, no sólo como crítico literario sino como crítico de las ideas. Relieva la figura del humanismo individualista, pero en la vertiente del pro-

FE DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
60	5	organización	Organización
98	40	homorística	humorística
222	19	gremial	gerrninal
224	13	uan	una
234	14	contribuciones	construcciones
234	20		E.R.V.: No lo sé. . .
241	40	ésto	esto
278	34	misma	mismo
279	38	al re-	alre-
306	2	Sexualidad humana	sexualidad femenina
307	1	antinomía	antinomia
307	17	hacer	hace
309	31	hostilidad el	hostilidad hacia el
311	20	convirtiendose	convirtiéndose
316	30	la neutraliza	lo neutraliza
319	3	explorar	explotar
319	4	la culpable de todo'	la culpable de todo:
319	11	preñandose	preñándose
345	32	sin afecto	sin efecto
345	33	estuvieren	estuviere
382	16	caloramos	valoramos
405	27	asentúa	acentúa
407	5	Rector	Rectora

RESEÑA DE LAS FOTOGRAFÍAS DE LAS OBRAS DEL MAESTRO EDUARDO RAMÍREZ VILLAMIZAR

- Página 224: "Recuerdo de Machu Picchu". *Metal Oxidado* - 1984.
 Página 227: "Catedral policromada". *Metal Pintado* - 1980.
 Página 229: "Entrada a Eldorado". *Metal Pintado* - 1978.
 Página 231: "Jardín de Eduardo Ramírez Villamizar con esculturas". *Metal Oxidado* - 1982.
 Página 232: "Saludo al astronauta". *Metal Oxidado* - 1964.
 Página 233: "Recuerdos de Machu Picchu". *Metal Oxidado* - 1985.
 Página 235: "Recuerdos de Machu Picchu". *Metal Oxidado* - 1985.
 Página 236: "16 torres". *Concreto* - 1972.
 Página 237: "Recuerdos de Machu Picchu". *Metal Oxidado* - 1985.
 Página 238: "Recuerdos de Machu Picchu". *Metal Oxidado* - 1985.
 Página 239: "Recuerdos de Machu Picchu". *Metal Oxidado* - 1985.
 Página 240: "Construcción suspendida. Homenaje a Beatriz Daza". *Metal Pintado* - 1968.
 Página 242: "Caracol de crecimiento ilimitado". *Metal Pintado* - 1980.
 Carátula: "Autorretrato". *Oleo sobre madera* - 1959.

TABLE OF CONTENTS

Page	Chapter	Page	Chapter
1	Introduction	101	Appendix A
2	Chapter 1	102	Appendix B
3	Chapter 2	103	Appendix C
4	Chapter 3	104	Appendix D
5	Chapter 4	105	Appendix E
6	Chapter 5	106	Appendix F
7	Chapter 6	107	Appendix G
8	Chapter 7	108	Appendix H
9	Chapter 8	109	Appendix I
10	Chapter 9	110	Appendix J
11	Chapter 10	111	Appendix K
12	Chapter 11	112	Appendix L
13	Chapter 12	113	Appendix M
14	Chapter 13	114	Appendix N
15	Chapter 14	115	Appendix O
16	Chapter 15	116	Appendix P
17	Chapter 16	117	Appendix Q
18	Chapter 17	118	Appendix R
19	Chapter 18	119	Appendix S
20	Chapter 19	120	Appendix T
21	Chapter 20	121	Appendix U
22	Chapter 21	122	Appendix V
23	Chapter 22	123	Appendix W
24	Chapter 23	124	Appendix X
25	Chapter 24	125	Appendix Y
26	Chapter 25	126	Appendix Z

THE UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
 5 EAST LEXINGTON AVENUE
 NEW YORK, N.Y. 10017
 (212) 850-6640
 www.uchicago.edu

greso social. Su obra es un sostenido combate contra el provincianismo en favor de la universalidad y por ello va convirtiéndose en uno de los modelos del humanismo latinoamericano: arraigado, ético, atento al mundo, afanoso por superar el atraso, tolerante, receptivo. Es uno de los pocos grandes exponentes legítimos del pensamiento progresista colombiano.

Sanín Cano creyó, como ensayista, que había que dialogar con todas las expresiones del pensamiento universal. Si los nutrientes de su cultura fueron en gran medida de origen europeo, el afán por tanto conocimiento fue para superar superficiales concepciones e ideologías negativas de nuestro medio.

Hernando Téllez escribió que "su especialidad era el mundo entero". Esta cobertura planetaria de las inquietudes de Sanín hace recordar el llamado de Martí: "Injértese el mundo en nuestras repúblicas, pero que el tronco sean nuestras repúblicas". Mas no sólo en este, sino también a la obra de Jorge Zalamea y Luis Vidales puede entenderse tal principio, como práctica del humanismo de que hemos hablado, y como compromiso de la inteligencia latinoamericana ante el orbe.

Su obra constituye una brega constante y sostenida por liberar la cultura de la estratificación conceptual: "No creo en una literatura que no tenga una profunda concepción renovadora del mundo y de la vida".

Si los anhelos permanentes de Sanín fueron el hombre y la cultura, su pensamiento se afirmó con propiedad de maestro en el ensayo.

El filósofo Francisco Romero afirma que "El ensayista es el producto más refinado y completo de una cultura". . . "al ensayista lo humano le interesa antes que lo especial. . . lo particular es un momento o accidente en el vasto paisaje de la vida y de la cultura. . . ". "Es experiencia rica en conocimiento y más rica en comprensión". . . "En el ensayo se piensa en una cosa y al mismo tiempo en todo lo demás". En 1948, el filósofo argentino, sostiene que "Baldomero Sanín Cano es el máximo ensayista entre los vivientes".

Estas apreciaciones y juicios de Francisco Romero dan para pensar la profundidad a la cual se ve obligado a llegar el pensamiento lati-

noamericano, como es la de hallar y ver las relaciones distantes entre sí que hay entre las ideas universales que nos han alimentado.

En memorable página, Mariátegui, el gran avanzado del marxismo en América Latina, dice de Baldomero Sanín Cano: "El trato íntimo con el pensamiento occidental no ha descastado a este escritor de América que, desde su juventud, explora los más diversos caminos de la literatura de Europa. Cada vez que opina sobre un problema de América, lo hace con acendrado sentimiento de Americano". . . "Ante el fenómeno norteamericano, Sanín Cano ha tenido siempre una actitud de vigilante defensa de la autonomía y de la personalidad de América Latina. Hace poco incitaba a su país a la previsión de los peligros de los préstamos yanquis" (1927). Y agrega Mariátegui que "se destaca frecuentemente, como uno de los rasgos mayores de Sanín Cano, su humorismo, rasgo que es uno de los signos de maduramiento literario de hispanoamérica". "Sanín Cano se singulariza por su pensamiento circunspecto, coherente y hondo. Su gesto de escéptico no le impide guardar una honrada y leal devoción a algunas ideas fundamentales, verbi-gracia la idea de libertad. La ironía, el humor en ningún momento restan seriedad ni unidad a su pensamiento". "Sanín Cano se comporta siempre como un espíritu constructivo, que asume libre pero fielmente, una misión docente en la evolución intelectual de estos pueblos. No lo atrae el apostolado; pero quiere cumplir sin alarde y sin desplante una obra de orientador y educador".

Y es cierto, hay una constante del carácter crítico y creador colombiano cual es la del humor. En Sanín como en Vidales está más presente esta cualidad, también disolvente y defensiva, que en Zalamea. El humor es a su vez un ejercicio mental que se propone dar una dimensión nueva al mundo y a los hombres. Dimensión insospechada y subversiva de la inteligencia, roza las profundidades de lo verdadero. "Es una manera permanente de ver y entender la vida", escribe Sanín. Refiriéndose al "tuerto" López nos dice Sanín Cano esto, que bien puede ser una apreciación filosófica del humor: "No es que el humor resida en el poeta; es que la penetración de su alma desvelada y llena de piedad comunicativa descubre en los objetos y en las relaciones de unos fenómenos de la naturaleza con otros, aspectos extraños, de una belleza nueva superior e inferior a la que percibe el vulgo de los espectadores, pero en todo caso difiere, no sólo en grado sino también en esencia. La naturaleza es humorística, de por sí, pero hacen falta una finísima percepción y una inteligencia absolutamente desinteresada para

descubrir en el mundo que nos rodea ese rasgo que la humaniza embelleciéndola”.

En su ensayo titulado “Bajo el signo de Marte” (dios de la guerra A.R.), Sanín Cano somete a severa crítica los fundamentos de la cultura clásica, precisamente por hallarse bajo el signo del heroísmo guerrero. Es un ensayo que gravita en torno al problema de la educación secundaria (aquí aparece el maestro nuevamente). Después de hacer precisiones incalculablemente valiosas sobre el papel de la lengua y aseverar algo tan significativo y áspero para los puristas como que, si el idioma es un lazo de entendimiento no tiene rango inferior, pasa a criticar el concepto de la vida heroica y asevera, dando una lección que bien podría ser fundamento de una educación para la paz: “Queda un argumento que los propugnadores de la cultura clásica no han tocado ni por incidencia. Parece que en su mente no hubiera tenido asiento, ni ahora ni antes, la idea de que esa cultura haya podido ejercer influjo pernicioso sobre la vida de la humanidad. La literatura de las edades clásicas vive, sobre todo, del concepto heroico de la existencia. Los viejos poemas cantaban principalmente las hazañas guerreras y las grandes luchas trágicas de unos pueblos con otros, de donde resultaba necesariamente la exaltación de los instintos que tienden a la destrucción del hombre y a la extirpación de culturas diversas de la que crearon y extendieron por el mundo los heroes glorificados. En este punto el Viejo Testamento, libro que comparte con los poemas heroicos el monopolio de las inteligencias juveniles, huele a sangre en sus libros más significativos”. . . . “Esta glorificación del héroe y del soldado, fase la más prominente de la cultura grecoromana, es todavía el principio directivo en la constitución de los Estados europeos”. Y remata con esta consideración que sorprende, dicha por un colombiano: “Es ya tiempo de someter a la consideración de los que sufren, el interrogante de si la cultura clásica es la mejor disciplina de la mente humana y si el procurarnos los medios de adquirirla es la mejor manera de preparar el porvenir”. ¿Estas palabras no asumen toda la responsabilidad de construir una nueva civilización, como la nacida de la Paz?. El tema de la Paz nos hace universales. Los escritores colombianos motivo de este trabajo nos lo confirman. Su patriotismo es abierto a los aires del mundo. No es patrioterismo de coyuntura electoral. Es de análisis, de comprensión, de sentimiento como reclamo de que el porvenir del mundo y el propio se conjuguen en la responsabilidad de cada hombre a partir de una mentalidad nueva, como es la del compromiso con el género humano.

"No he sido nunca un hombre de convicciones fuera del orden moral. Creo en ciertos principios éticos, fuera de los cuales no sería posible escapar de la completa confusión en las relaciones humanas, pero en muchos otros órdenes, especialmente en el mundo de las ciencias, de la política, de las artes, la verdad es condicional y transitoria", escribe el maestro.

Hacia 1928 Baldomero Sanín Cano acuña el término "Libreamericanismo" para oponerlo al imperialismo, cuando se levanta en defensa de Nicaragua y Sandino. ¡Cuántas jugadas no depara la historia como esta, de que cincuenta y siete años después, nos tenemos que volver a poner del lado del maestro colombiano, en la defensa de Nicaragua y Latinoamérica!

En su conferencia de aquel año se manifiestan con todo dinamismo sus ideas militantes sobre libertad internacional y autodeterminación. En ella declara sus ideales de solidaridad latinoamericana frente al imperialismo; ("saxoamericanos", llama Sanín Cano a los norteamericanos y a sus poderes). Aquel discurso relievaa el significado de la defensa del derecho, la cual en Latinoamérica ha sido heroica. "Quienes defienden el derecho no cuentan nunca las fuerzas enemigas ni miden la probabilidad del triunfo", dice, como lección para los años venideros de Nuestra América. "El lazo que une a estos pueblos unos con otros no es la identidad de sangre y los comunes orígenes más o menos bien determinados, por la etnografía, sino el sentimiento de libertad", amplía el conferenciante en su lección, que debería ser conocida por todos aquellos colombianos que se preocupan por la causa de América Latina. "Para designar esa masa enorme de pueblos y de individuos, el calificativo más adecuado es el de libreamericanos. Así deberíamos llamarnos, para distinguírnos de unos pocos que en todas las regiones del continente dejan de ser americanos porque no quieren o no saben ser libres". En este trabajo se ve cómo los principios de Sandino se identifican con toda América Latina, con el derecho y con el futuro. Sandino se enfrenta "al primer imperio de la era presente", afirma rotundamente Sanín Cano. Mas su conferencia no sólo está preñada de ideales y de responsabilidad sino también de señalamiento de las causas históricas y de los adelantos técnicos que operan sobre los procesos sociales. "La rapidez y facilidad de las comunicaciones aumenta la capacidad absorbente de un imperio. Así ocurre con los medios de transporte. El arma de fuego es un medio de transporte rápido. . . contribuyó a la liberación del individuo". Es una clara idea sobre la liberación de los pueblos y el

determinante que en ello tienen las armas y el transporte. Todo el texto es un llamado a la solidaridad con Sandino y con América Latina nombrando esos bellísimos límites geográficos a los cuales todos apelamos: "del Río Grande del Norte hasta la Tierra del Fuego". Con valor, digno de un humanista de sus calidades, Baldomero Sanín Cano establece la relación de la Nicaragua del momento con nuestra Panamá de 1903. "A Colombia la dejaron sola. A Nicaragua no. En un cuarto de siglo la conciencia americana se ha sensibilizado".

También juzgó acremente a la "Doctrina Monroe": "es la declaración de un sólo país". Los pueblos que no la suscribieron no tienen por qué respetarla. Su pretendido origen fue utilizarla como barrera de protección contra las potencias europeas. Pero, según el pensamiento de Baldomero Sanín Cano "la suerte de estas (las nuestras) naciones no fue el origen de esta declaración".

"Una fatalidad histórica y de origen hace de los Estados Unidos saxoamericanos una nación conquistadora".

"Ninguna de las naciones de origen ibérico ha querido ensanchar su territorio a expensas de sus vecinos por medios violentos ni de ninguna otra manera". Y emite este juicio, valedero para ayer y para siempre: "el pueblo, en lo general, detesta la guerra". En estos momentos vale la pena tonificar el espíritu y el pensamiento con los ideales que Sanín Cano levanta para defender la lección de Sandino. Allí afirma también que: "Este continente es la residencia asignada por una venturosa fatalidad histórica a toda la humanidad", apreciación esta que erige la universalidad de nuestra cultura latinoamericana, insurgente y auténtica ajena a todo afán de conquista. Ahí consolida sus ideas sobre nuestro ser las que más tarde le llevan a hacerle mofa a Papini sobre la deuda de América con Europa y España y el supuesto legado civilizador que trajeron. Vinieron ellos, no la cultura. No trajeron sino miseria, desaseo, falta de moral. Vinieron a eso: a conquistar, con "lengua, cruz y toros", pero con ínfimos conocimientos. En mi sentir, esta parte de la obra de Sanín Cano debe profundizarse para ahodar en las contradicciones —que entre su momento y hoy han aflorado más— entre occidente y nosotros.

Hay algo de su trabajo que merece especial atención. Manejando con habilidad la ironía, en su ensayo de 1927. "Las Ideas, los Motes, los Hechos", subraya el nerviosismo histórico del gobierno

de entonces ante la palabra "bolchevique", unido al paroxismo de la prensa asustadiza.

En él ya habla con gran seguridad del fenómeno de la *desinformación*: "la gran prensa europea y norteamericana, institución creada para defigurar científicamente la verdad". "Esta prensa ha extremado en diez años con tenacidad de enajenado mental todos los recursos de la inteligencia para evitar que las gentes del mundo occidental se formen un concepto claro y humano de lo que pasa en Rusia". . . "No de otra manera proceden los refinados psicólogos de la "gran prensa" para distribuir ideas falsas, desfigurar los hechos, crear unas reputaciones personales y demoler otras". Así mismo en este ensayo, Sanín Cano emite incomparables consideraciones sobre la destrucción de las civilizaciones, y para el caso, habla sobre el papel de los zares: "Las civilizaciones no sucumben por la acción de elementos extraños a ellas sino por su propia obra" y para tal sustentación recuerda a Le Bon: "Nada hay tan corrosivo como el polvo de las ideas muertas". Sus juicios aquí son los de un colombiano esclarecido que ya analiza los fenómenos sociales en relación con la lucha de clases. La corrupción estatal, lleva al hundimiento de un régimen. De los zares nace la Revolución Rusa. Es toda una mentalidad avizora en medio del naufragio de la hegemonía y en vísperas del gran desastre del capitalismo. En esta obra ya se citan, bajo una óptica ideológica y científica, los nombres de Marx y Lenin, sin que dejemos de recordar que Baldomero Sanín Cano no fue socialista, ni marxista; sino un liberal de los que miraba hacia la historia y hacia el destino de los pueblos. Un liberal que creía en el progreso sin temor al pueblo. Además, porque tenía una nítida convicción de que los hombres poseen la suficiente capacidad para gobernarse ellos mismos, apoyados en los sistemas representativos: "la historia me enseña que los regímenes de fuerza no crean nada".

"Las Ideas, los Motes y los Hechos" es un ensayo que se adelanta en muchos años a la evaluación y consecuencias de la Revolución de Octubre, de Lenin y de la dialéctica histórica. A Sanín lo coge la Revolución Rusa en Londres. "El sólo golpe genial de aquel hombre extraordinario (Lenin) fue comprender que la guerra debía terminar porque estaba acabando con el pueblo ruso". Su reflexión acerca de la Rusia de 1917 lo motiva para pensar en Colombia. Y razona, entonces, sobre la histeria colectiva que hay aquí con lo que él socarronamente llama "la penetración del bolcheviquismo"; cuando a manera de conclusión expone que la re-

volución ocurre ante todo por la incapacidad, inmoralidad y corrupción de los dirigentes. Y concluye con desconsuelo, refiriéndose al nuestro: "acaso no hay un pueblo compuesto de mayorías más sumisas". . . "El elemento popular en Colombia suministrará un día con su amor al trabajo, su abnegación y su desinterés la base más sólida y propicia para la fundación de una gran nacionalidad, si se encuentran los hombres capaces de dirigirlo a su manifiesto destino".

El Maestro Sanín Cano pide con ahinco una civilización renovada y perpetuamente renovable en contraste con lo que llama una República fósil, y donde las libertades se manejan en función de la casta incuestionable y "las elecciones son de una pureza y corrección ejemplares, cuando en ellas no corre peligro el predominio incuestionable de la casta".

En la noche del 28 de noviembre de 1951 tuvo lugar en la Habana un cálido homenaje tributado por hombres y mujeres de todas las ideologías al poeta mexicano Enrique González Martínez, quien cumplía 80 años, y al escritor colombiano Baldomero Sanín Cano quien cumplía 90. Se realizó tal homenaje por ser ambos altas figuras intelectuales de América y firmes luchadores de la Paz. El oferente fue Juan Marinello, miembro del Consejo Mundial de la Paz, quien dió una visión de cómo se insertan la cultura y la paz.

Refiriéndose al colombiano, Marinello lo tildó de "civilizador ejemplar", —"americano y universal"— "civilizador desde adentro". —"ciudadano de América". Y añade lo que es un Maestro: "desde luego que lo primero es la actitud, el carácter, la conducta".

En este homenaje, Marinello agregó sobre ellos: "Han vivido demasiado para no conocer lo que ha significado la guerra como flagelo de la civilización y estancamiento de la cultura".

El juicio valeroso, ardiente, sencillo, se enriquece cuando en carta dice Sanín a Marinello: "la propaganda y el miedo llenan el ambiente moral hasta sus últimos resquicios".

Un maestro explica y crea con su ejemplo, modela una imagen irremplazable. El caso que nos ocupa, para optimismo de los colombianos, es el de un hombre que ofrece a los pueblos americanos "el cabal panorama de la cultura universal", frente a la avaricia

del ensayista europeo que prefiere volverse asfixiante antes que concederle valía a la creación de otras latitudes.

Jorge Zalamea nace en Bogotá en 1905. Inicia su vida pública en el periodismo cultural haciendo reseñas de libros y crítica teatral. Escribe "*El regreso de Eva*" hacia 1925 después de un viaje por Centroamérica y México.

En seguida, de 1928 al 33 va a Europa y ocupa cargos diplomáticos en Madrid y Londres, momento en el cual publica su ensayo dirigido a la juventud colombiana.

En el gobierno de Alfonso López Pumarejo ocupa las primeras posiciones en el Ministerio de Educación desde donde adelanta y defiende ante el Congreso una de las más audaces reformas en el campo educativo, sempiterno baluarte del oscurantismo. A su vez publica la simpar interpretación sociológica sobre el Departamento de Nariño. Escribe su clásico trabajo "*Infancia y Adolescencia de Bolívar*". Hacia 1941 ven la luz "*El Rapto de las sabinas*" y "*El hostel de Belén*" y aquel inolvidable y cálido ensayo "*La vida maravillosa de los libros*". Como complemento de su ejercicio crítico aparecen "*Nueve artistas colombianos*" e "*Introducción al arte antiguo*". Es elegido miembro del Congreso.

Embajador en México en el segundo gobierno de López Pumarejo, inicia entonces las versiones al español de la poesía de Saint-John Perse, logro inigualable de trabajo literario: "*Elogios*", "*Lluvias, nieves, exilio*", "*Anábasis*" —que tuvo el honor de revisar bajo su orientación—. Posteriormente traducirá el resto de la obra del poeta francés. En 1946 hace parte de la delegación de Colombia en las Naciones Unidas.

En 1948 regresa a Colombia. Vive la experiencia del nueve de abril con toda ardentía y participación en favor de la causa popular, herida por la muerte de un liberal erguido: Jorge Eliécer Gaitán. Comienza a ser acorralado por sus ideas de liberal avanzado, que sigue la corriente de Sanín Cano.

En este año comienza la edición de "*Crítica*", publicación censurada. Allí publica "*Las Metamorfosis de su excelencia*" y muchas traducciones de escritores contemporáneos. En el año siguiente

aparece "*Minerva en la rueca y otros ensayos*". Es clausurada su revista y se exilia, perseguido, en Buenos Aires.

Allí, en 1952, se imprime "*El Gran Burundún-Burundá ha muerto*", tal vez su obra más conocida y más traducida.

Desengañado del liberalismo y testigo de la miseria colombiana, se afianza en los principios de la cultura democrática para combatir desde allí la destrucción y el envilecimiento que se hace del hombre colombiano por parte de los poderes constituídos y del capitalismo deformante.

En ese año inicia Zalamea una nueva etapa de su vida política, cultural e ideológica. Publica "*Reunión en Pekín*", trabajo sobre política internacional, donde expresa una valoración nueva del socialismo y de la lucha por la Paz. A partir de entonces, y hasta 1959, Zalamea será secretario del Consejo Mundial de la Paz. Este honroso cargo lo lleva a muchos países, particularmente del Tercer Mundo, donde enriquece su visión de la vida social y de la paz. En un viaje a la India escribe "*El sueño de las escalinatas*".

De regreso a Colombia da comienzo a su trabajo "*Hacia una poesía de aire libre*" y se entrega al incremento de las relaciones culturales entre nuestro país y el mundo socialista, en el cual encuentra Zalamea un baluarte de la Paz. Escribe seguidamente otro ensayo socio-político: "*Antecedentes históricos de la Revolución Cubana*" y es miembro de la dirección de la revista "*Casa de las Américas*" de la cual obtiene el premio de ensayo de 1965 por la obra "*La poesía ignorada y olvidada*". Pero antes ha escrito "*Cuba, oprimida y liberada*".

En 1967 edita una valiosa y singular antología de poesía vietnamita, y "*Cantata del Che*".

En 1968 recibe en Bogotá el Premio Lenin de la Paz, como reconocimiento a su labor por ser uno de los constructores de esta causa, así como por su enorme labor cultural y humanística.

Junto con Vidales, Zalamea hace parte del grupo —o generación?— de "*Los Nuevos*", la cual elabora un *programa* que aparece el 6 de junio de 1925, en el primer número de su revista. Existía en ellos, como ya lo fue vigorosamente en Sanín Cano, urgencia de desprovincianizar a Colombia, tarea que aún hoy sigue vigente en

buena parte. "Todo pide una restauración de los principios. Hay que proclamar de nuevo la tabla de los valores intelectuales y morales", se dice en el editorial.

Zalamea, en una página sobre su grupo dice: "La nueva generación pretendía que la obra literaria de las anteriores —y muy especialmente la del "Centenario"— adolecía de dos grandes defectos: una especie de falso romanticismo que se expresaba en la predisposición a simular de las más hondas y complejas preocupaciones del mundo contemporáneo". . . "pero también en lo político tenían los "Nuevos" algunas pretenciones: se decían desilusionados de los nuevos partidos y querían infundirles la savia vigorosa que por entonces se creía transformaría al mundo en paraíso: habiendo sufrido la dolorosa experiencia de una universidad anquilosada por el conformismo y agarrotada por el fanatismo, querían una honda reforma de la educación pública y abrir los más amplios ventanales en los muros de la universidad medioeval para que entrase a sus aulas el largo viento que por entonces soplabla sobre el mundo entero: se rebelaban, finalmente, contra la estructura de un Estado que, concediendo la libertad política a todos los asociados, les negaba la independencia económica". Creo que estas líneas precisan con mayor nitidez el impulso de este grupo que ha dejado una estela insoslayable, de medio siglo acá, en la historia colombiana; tanto que hoy tenemos a dos de sus miembros como ganadores de este enaltecido premio.

Ya en 1936 se hace palpable la preocupación humanística de Zalamea al intentar la demolición de los obsoletos valores sobre los cuales se levantaba la educación colombiana, precisamente cuando el liberalismo tenía por la educación la estima de todo partido que se actualiza al saber que la educación es pilar del progreso y por ende, la misión estatal más delicada.

Zalamea creyó en y fue baluarte de la obra renovadora de Alfonso López Pumarejo, pero no calibró el poder de la reacción colombiana.

En su estilo, Zalamea utiliza el recurso de un barroquismo exacerbado, desmedido, que sirve a la exteriorización de su profunda cólera frente a la injusticia y la mentira. "*El sueño de las escalinatas*" o "*El Gran Burundún*. . ." bastan como muestra suficiente para ver a través de una estética apasionada lo que sentía frente al país como en "*La Metamorfosis de su Excelencia*". "*El Burun-*

dún. . . " es el simbólico-cortejo fúnebre de lo que deseamos que desaparezca de Colombia.

El exilio impuesto por dictaduras de zarzuela sangrienta lleva a Jorge Zalamea también al trabajo poético. De regreso del exilio, y al final de su vida, recibe como gran recompensa por todo lo que pensó, el Premio Lenin de la Paz. Perseguido y silenciado de acuerdo con esa bellaca norma que se practica contra los hombres erguidos, como cuando se les aplaude por encima del odio que a *soto voce* se les profesa. Piénsese ahora en la actitud y el valor de las personalidades que han recibido este Premio en Colombia. Su entereza está en su decisión intelectual, donde el silencio es la condición de seguir igual como ayer, donde la inteligencia no quiere correr riesgos, donde el *esperemos* es la norma ética. Sumisión y docilidad.

Su trabajo se acompasó con las ondas de la realidad mundial y colombiana. La enhiesta actitud frente a la reacción interna a partir del 9 de abril, el posterior destierro y la adhesión a la causa de la Paz Mundial, son muestra de la fusión de una obra con una vida.

La Guerra Fría, las amenazas a la Paz, el nacimiento del Consejo Mundial de la Paz, llevan a Jorge Zalamea a una declarada posición en favor de las tendencias del progreso humano que provino de su amor por la cultura y por sus auténticas ideas liberales, a las cuales ve ya que se marchitan en la cabeza de los dirigentes.

Zalamea afincó su justiciero apasionamiento en el poder de la palabra como elemento del diálogo civilizador. Comprendió que ella es arma de varios filos, según de quien provenga o a la finalidad que destine. En un parte del "*Burundún*. . . dice: ¿A quiénes ofende la palabra?. A los incapaces de fervor, a los que carecen de imaginación, a los que jamás se hablaron a sí mismos. . . a los que no saben qué hacer con la libertad, a los temerosos de la justicia, a los que no pueden trascender de la sensación a la emoción. . . A los que no tienen Dios, ni amada, ni amigo, ni hijo, ni siquiera una bestia que les pida con inundados ojos la caricia de una palabra". Como contraluz, en su conferencia "La cultura conservadora y la cultura del liberalismo", pronunciada en 1936, aclara que la hegemonía se basó más en *el decir* que en *el hacer*, lo que nos induce, de paso, a la pregunta: ¿será esta una constante del quehacer político y expresión constante de las clases dirigentes colombiana-

nas?. "La palabra estableció entonces su imperio sobre nuestra vida". . . "Todo fue entonces para nosotros expresión retórica y análisis gramatical". . . "la ignorancia de la geografía humana y del hecho económico se disimulaba con acicalamientos de clásico, o intemperancias de romántico; el problema social se reducía a proclamas de fuerza o a soflamas de sensiblería; la ausencia de una cultura original y auténtica, procuraba compensarse con los desenfrenos de una imaginación provincianamente enferma de literatura". . . "El opio verbal distribuido tan intemperante como maliciosamente desde el poder, agarrotó el espíritu de los colombianos, los distrajo de sí mismos. . ."

A la separación entre palabra y acción, a su desequilibrio, a la "ausencia de hecho vivo" es a lo que, según el pensar de Zalamea en aquella conferencia, se llamó cultura durante los gobiernos conservadores.

Es larga la reflexión de Zalamea sobre el quehacer cultural. En su defensa de los postulados de López Pumarejo sobre la nueva educación, pide, a través de esta, "restaurar la realidad". "En fin de cuentas y si se admite que el hombre culto es aquel que logra poner en paz la realidad del universo con las aspiraciones de su espíritu, lo que el presidente López ambicionaba era barrer la falsa cultura que obstruía los ámbitos del país, para poner en su lugar esa cultura auténtica que se deriva del conocimiento exacto de las cosas y de su adecuado manejo y superación". Argumentación suficiente para que en su momento condujera a la reforma universitaria con el principio de que a la universidad hay que darle: "Una prioridad suficiente para que el hecho colombiano la penetre, la empape y la obligue por saturación a intervenir en el estudio, solución y dirección de nuestra vida". En esa nueva universidad no se va a creer en la "asimilación mecánica de una ciencia extranjera. . ." . . . "va a ser forzosa la actualización de nuestra cultura y su adecuación al medio y va a ser posible pensar en un humanismo moderno en el cual la unidad de medida que haya de servirnos para crear la propia vida nacional, sea el propio hombre colombiano; un humanismo en que la realización y mejoramiento de la vida nuestra sea nuestra más alta esperanza y nuestro esfuerzo más constante". Pensamientos más que perdurables y ajustados a la realidad, porque: ¿para un pueblo que no ha recibido sino violencia en todas sus manifestaciones, con cuáles herramientas puede levantar su estatura sobre la nación?, ¿es la súplica su redención?. ¿De una pobreza tan dilatada qué puede nacer?.

La enhiesta actitud para evitar "la traición a sí mismo y al género humano" encierra una posición nueva y clara del pensamiento colombiano que la aproxima al humanismo concreto, real, para el cual el hombre, el verdadero, es aquel sobre quien nos apoyamos para sentir de él fortaleza, seguridad, lealtad. Pero también la noción del hombre se enriquece con aquello que Zalamea llamó *la cultura del trabajo* cuyo complemento es la *democratización de la cultura*, categorías que hoy hacen parte entre nosotros de los fundamentos del preconizado humanismo real.

Hay unas ideas que vale mucho destacar de la obra de Zalamea, por estar vinculadas con esa forma de apropiación del mundo, como son las referentes al problema del arte y la literatura.

Es bien conocida la larga discusión sobre el papel del arte y la literatura en las luchas sociales. Por su dinámica presencia en el acontecer contemporáneo y su rol vivificador del hombre ante el mundo, no podía quedar al margen de un irreductible luchador por la Paz.

Hacia 1965, después de haber trajinado muchos años con los problemas de la estética, de haber conocido a muchos creadores de arte y literatura y de haber escrito sobre ellos, polemizado con otros, llegado a un cordial desacuerdo con los más, Zalamea llega a proponer *el arte como testimonio*. Es un enunciado de apariencia muy simple pero que, como las cosas sencillas, y para el caso colombiano, puede llegar a adquirir dimensiones de mucha significación por el sentido aproximador que tuvo con la polémica que se debatía en ese momento —y que aún hoy tiene y también por el esfuerzo aclaratorio que se intenta hacer allí del significado del trabajo literario y artístico.

Zalamea afirma que en el arte y la literatura el creador da testimonio de sí mismo, como también lo da del mundo en el cual vive, así como de la vida individual tanto como de la social. Es decir, que Zalamea ve en esta forma de creación una gran totalidad: la que cubre el testimonio tanto del autor como del mundo. Zalamea afirma que dar testimonio es comprometerse, con el agregado de que la mayor amplitud, la mayor generosidad testimonial viene a incidir y enriquecer el estilo del artista, y la apertura de la conciencia gratifica al estilo del creador. A su vez, el estilo es más auténtico mientras más amplio es el testimonio.

“Cuando el artista no se encierra en su propio destino sino que su testimonio es el de su pueblo, su raza o una gran porción humana, su estilo personal se engrandecerá en la medida indispensable para que la asunción se realice”. La anterior apreciación constituye un intento por fortalecer el papel creador del artista frente al mundo cuando hace una proyección comprometida de su trabajo. Es indudable que al ampliar la responsabilidad testimonial se aumenta el significado del mundo y de la sociedad para el escritor y la relación intencionada y apasionada, pero conciente, con el mundo gana en contenido. “Si el estilo es postizo el testimonio es inauténtico”, subraya vigorosamente Zalamea, al igual que cuando afirma: “El estilo es para identificarse a sí mismo”.

Por esos días escribe, con justas apreciaciones que merecen enriquecerse, su ensayo “Problemas de la Cultura Latinoamericana”, donde se ahonda en el proceso cultural de nuestros países, y vuelve con su pensar ecuménico a decir que “el muralismo mexicano rebasa todo marco esteticista para colocarse en el más alto plano del humanismo por su extensión, su profundidad, su calidad de testimonio”.

En este ensayo, Zalamea plantea con aquilatada visión científica, por ser ya obra de su madurez, todo el proceso de nuestra cultura latinoamericana, desde los problemas suscitados por la conquista, como son el de la lengua y el étnico, hasta el de las diferencias que se establecieron en los países de América por obra de la presencia y el vigor de algunas culturas existentes cuando la conquista, o por la debilidad de otras.

En el final de sus días Jorge Zalamea corona su fructífera vida con el Premio Lenin de la Paz.

El acto, realizado en mayo de 1968, atrae la participación del escritor soviético Boris Polevoi y del hoy Presidente de la República Belisario Bentacur, en esos días Presidente de la Asociación de Escritores.

Con enorme desconuelo, Zalamea hace toda una descripción en su discurso, de las contradicciones en las cuales se debaten el humanismo, el hombre, la sociedad y el mundo contemporáneo, cuando el monto de los gastos de guerra era 200.000 millones de dólares. (Hoy sobrepasan los 600.000), todo al servicio de “los hombres de corazón yerto”, como califica a los gestores del armamen-

tismo. "La erradicación de la guerra se halla en la raíz de todos los problemas contemporáneos". Es un discurso donde se habla de la desmesura de la técnica y la ciencia actuales en un mundo donde la inteligencia de los hombres ha superado todos los mitos proféticos.

"En mi obra literaria he querido dejar un testimonio verídico del mundo de mi tiempo insistiendo en la condenación de la violencia y en la denuncia de la miseria humana", son las palabras con las cuales Zalamea cierra su valioso ciclo cultural.

A su vez, como ejemplo para nosotros, Boris Polevoi dijo: "La voz del hijo de Colombia resonaba como voz de la humanidad y los hombres del mundo la atendían".

Era el momento de la agregación al Vietnam ante la cual Zalamea luchó denodadamente desde el seno del Consejo Mundial de la Paz. Belisario Betancur escribió: "En Jorge Zalamea se aprecia que la condición de intelectual jamás puede servir de pretexto para abandonar el compromiso con la dignidad del hombre. Su pedagogía ha enseñado que nunca el intelectual puede envilecerse cantando al vencedor sólo por serlo o callando ante la tiranía sólo por serlo" y subraya que la de Zalamea ha sido, por no guardar silencio, "una conciencia incómoda".

Luis Vidales también pertenece a la generación "Los Nuevos". Además, figura entre los poetas vanguardistas de América Latina al lado de: César Vallejo, Jorge Luis Borges, Raúl González Tuñón, Vicente Huidobro, Pablo Neruda, León de Greiff, Nicolás Guillén, quienes abrieron el camino a la nueva poesía en el continente de habla española.

La obra de Luis Vidales es la ambiciosa trayectoria de un poeta que al escribir, sin decaer, durante más de cincuenta años ha alimentado su poesía con las grandes epopeyas de este siglo (la Revolución Rusa, la gesta enorme de Vietnam, la Revolución Cubana, entre otras) en íntima relación con la esperanza de los trabajadores en una vida mejor.

Fue uno de los fundadores del Partido Comunista en 1930 y su Secretario General de 1932 a 1935.

Ha mantenido una intensa y polémica actividad política, universitaria, periodística, crítica, en publicaciones colombianas y extranjeras.

Hizo estudios sociales y económicos. Como profesor ha dictado cátedra de economía política, estadística, literatura, historia del arte, en las Universidades Nacional de Colombia y Central de Chile.

Hasta el momento tiene siete libros publicados de los cuales vale destacar "*Suenan Timbres*", de 1926; "*Tratado de Estética*", de 1945; "*La Insurrección desplomada*", de 1948; "*La Circunstancia Social en el arte*", de 1973; "*Historia de la estadística en Colombia*", de 1978; "*La Obreríada*", 1978 y "*El Abominable Hombre del Barrio de las Nieves*", de 1984.

Inéditas tiene alrededor de 10 obras. Ha sido traducido al inglés, al francés, al italiano, al ruso y a otras lenguas.

El trabajo de Luis Vidales es un permanente llamado contra el conformismo, contra el acomodamiento, contra la sensiblería lírica. En su obra se precisa cómo el manejo ideológico acertado puede desatar las cualidades estéticas que hay en los hombres y en las situaciones. Su poesía, de gran esmero formal, posee una singular visión del mundo que produce en la sensibilidad de los colombianos un condicionamiento particular. Ella resalta una visión nueva de las cosas y la vida. En ella están presentes los anhelos de la libertad, de independencia colectiva y a todo largo, el llamado a la paz.

Así mismo, la poesía de Vidales va desde los acontecimientos más intrascendentes de la vida cotidiana hasta las mayores gestas de los pueblos del siglo veinte, lo cual se amalgama en un fenómeno estético desconocido por la poesía colombiana. De allí brota una nueva fundamentación del gusto. No es cuestión de temas. Un gran tema puede ser desastrosamente tratado. En cambio ¿un tema sencillo, trabajado por Picasso, no moviliza al mundo entero?. Algo semejante podría decirse de la obra por ejemplo, de Vidales.

Para nosotros es el poeta más joven de Colombia por su capacidad de renovación y por su inagotable fe en las posibilidades de un sistema que le permita al hombre precisamente eso: ser hombre, no

objeto. Vidales pertenece así a la juventud del mundo, a la juventud de las ideas cristalinas y la vida creadora.

Tal vez pasados muchos años los trabajadores de Colombia encontrarán en la poesía de Vidales el registro testimoniado —como lo pedía Zalamea— de los acontecimientos de este siglo, en virtuosa convergencia de lo estético con lo político. “*La Obreríada*” no estará distante del “*Canto General*”.

Todo concebido tras el inteligente prisma del humor y la ternura.

La creación de Luis Vidales contiene y expresa lo que hemos llamado “la ambición del tiempo social” por ser un enorme ciclo de lo ocurrido en el siglo XX, sin ser una panorámica naturalista, por fuera de los hechos, sino una “continuada protesta contra las sucesivas modernizaciones a la colonización de nuestra sociedad”.

*“Con esponja y jabón, Alina, lava el cielo.
Le quitarás los malos caminos, buena.
Borrarás los presagios, los trapiés, el barro ciego.
El sucio limo que suelta el infinito a los confinados
mortales.*

*Lo dejarás lustroso, y azules y rojos y ocre
de su campana dirán el buen tiempo.*

*Harás sonar la libertad por primera vez en la tierra.
Y limpiarás la mugre medieval, la mugre antigua,
la mugre renacentista, la resabida mugre actual.
Esclavitud y servidumbre y cloaca industrial
serán barridas por tí, Alina buena.*

*El cielo será sorprendentemente el cielo,
algo inconcebible de verdad maravilloso,
tan limpio, tan pulcro, tan higiénico,
que allá en el fondo veremos a Marx, Engels, Lenin,
Ho Chi Min, los Camilos, el Che y Luis Tejada.
Toma, Alina, jabón y lava el cielo,
para que aparezcan los puros.*

La intervención artística de Luis Vidales en los acontecimientos medulares del siglo ha instrumentado una sensibilidad de nuevo cuño para aceptar un mundo que cambia, un mundo que va siendo

distinto. Es una poesía en movimiento y una poesía del movimiento, como la pintura de Picasso.

Entre los creadores latinoamericanos la obra de arte participa con singular vigor "de las fuerzas liberadoras del espíritu y del coloniaje mental". Esta tarea de Vidales, de más de medio siglo sin un día de desfallecimiento es una de las cifras más valiosas y más duraderas de los vanguardistas, y de la cultura democrática del continente.

En esta poesía todo se pone en función humana —humana y social—. La naturaleza —ya vimos un cielo humanizado— se relaciona orgánicamente con los intereses nuestros. No hay en ella un paisaje naturalista.

Estas son sus palabras: "Si no se sabe para donde va la humanidad y, ante todo, si no se siente emoción poética ante los fenómenos que hoy nos rodean, yo creo que la obra pierde significado". . . "quiero transcribir a mi poesía los fenómenos de contención que impiden el desarrollo de la vida colombiana. El destino del hombre colombiano está marcado por la coyunda imperialista y está señalado en todos los acontecimientos de su vida: en sus sueños, en sus esperanzas, en su visión de todas las cosas del mundo".

Esta ambición del tiempo social se plasma en esta invitación:

*"Estuve mirando el mapamundi, compañeros.
Todos hijos del agua, delgados puentes son las tierras.
Como embarcados vamos, como isleños.
Es mínimo el redondel que traza nuestra vista.
Se borra el resto, y el teletipo nos corrige la miopía,
nos trae el mapamundi en letras
El minuto es un poro de nuestro universo del bolsillo.
El reloj está envejeciendo.
En estas tierras recorreremos 20 siglos en un rato.
habrá que apresurarse.
Todo lo viejo hay que cambiarlo, compañeros.
Pongámonos a tono con el tiempo".*

Aceptemos, pues, la invitación de Luis Vidales y pongámonos a tono con el tiempo.